

BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA



**DIVORCIADA
POR AMOR**

POR
Lya de Putti

50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Firms

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551

BARCELONA

.....

DIVORCIADA POR AMOR

(La novela de una mujer caprichosa)

Intérpretes:

LYA de PUTTI y

LIVIO PAVANELLI



Exclusiva de

**Importaciones
Cinematográficas, S. A.**

Aragón, 252 - BARCELONA

Revisado
por la censura gubernativa

Imp. Badía — Dr. Dou, 14 — Barcelona

DIVORCIADA POR AMOR

Argumento de la película

Una figura escultural, un rostro divino, un genio delicioso... y una cabecita a pájaros. Esto era Carlota.

Cierta mañana se estaba bañando en la piscina del Club. Muchos ojos la asaetaban, deslumbrados ante su hermosura.

Un caballero preguntó a un amigo suyo señalando a Carlota, que jugaba con un balón:

—¿Conoce usted a aquella maravilla de criatura?

—Sí. ¡Es Carlota!... Recién casada con el doctor Verloh.

—¡Es interesante!...

—Y terriblemente frívola... aunque no lo ha sido para pescar al hombre más rico de la

ciudad... ¡Ocho millones!

—Decían que se había casado por amor—terció otro caballero.

—Cuando uno tiene ocho millones inspira amor a todas las mujeres—contestó otro señor riendo.

Carlota que a impulso del balón había ido acercándose a la orilla, escuchó las atrevidas palabras de aquellos hombres.

Se indignó. ¡Qué mal la consideraban por ser ella pobre y haberse casado con un hombre de dinero!... Señor, ¿es que una mujer no se puede enamorar de un millonario más que por interés?

Furiosa salió del agua y lanzó el mojado balón sobre el caballero que se había expresado últimamente, mientras le decía:

—No se preocupe... ¡La ducha fría es lo más indicado contra el microbio de la murmuración!

—Pero, señora mía... ¡No hay derecho!...

Carlota le miró con desprecio y abandonó el Club, subiendo a su estupendo automóvil.

En su espléndida casa, el doctor Justo Ver-

loh, perdidamente enamorado de su esposa, mataba el tiempo pintando unos retratos, género al que era muy aficionado.

Se hallaba ocupado en tal tarea cuando Carlota apareció ante él. Tras los primeros transportes de alegría, la joven ensombreció su semblante y dijo con tristeza a su marido:

—¡Necesito divorciarme, Justo!

—¿Tú? ¿Qué ocurre?

Y se echó a reír bondadosamente del "capricho" de su muñeca.

—¡Sí, no te rías!... La gente anda murmurando que me he casado contigo por tus riquezas... y esto es intolerable.

—Deja decir a la gente, tonta... ¿no sé yo que fué el amor quien te trajo a mis brazos?

Y con sus caricias la hizo olvidar el disgusto.

Carlota vió sobre una mesa un catálogo de modas y, hojeándolo, dijo, sonriente:

—Me hace mucha falta una capa de pieles, Justo.

—¡Mujer!

Y Justo la contempló sorprendido...

—Pero, criatura!... —añadió —¿No te has hecho esta temporada varios modelos?

—Sí... pero... sabes que no tengo ahora qué ponerme...



—¡Necesito divorciarme, Justo!

Justo se levantó y abriendo un armario le mostró colgados en sus perchas hasta una

docena de abrigos de las mejores y más costosas pieles.

—¿Y esto qué es?—preguntó.

—Modelos de hace tres meses... pasados de moda.

—¿No exajeras un poquito?

—Tú me lo compraste, maridito... Una mujer que tiene doce abrigos de pieles, necesita una capa de pieles, por lo menos...

—¡Bueno, no me opongo!... No vendrá de una capa...

—¡Qué bueno eres, Justo!

Y aquella misma tarde la bella Carlota se dirigió a casa de uno de los modistos más afamados para adquirir una capa de pieles valorada en 12,500 marcos.

Mientras se la probaban ante un espejo, escuchó unas palabras que le hicieron volver rápidamente la cabeza.

Se referían a ella y las murmuradoras eran dos señoras de alto copete.

Una de ellas decía:

—Esa Carlota no deja de ser quién es... Hoy

ha dado un escándalo en la piscina insultando a mi marido.

—¡Pobre doctor Verloh!—comentó otra dama.—¡Aunque será el único en Berlín que no se haya dado cuenta de que ella le quiso por su dinero!

Carlota tembló de indignación al verse tratada de aquel modo. ¡Y así la consideraría siempre aquella sociedad! ¿Nunca creería en la bondad y nobleza de sus intenciones?

—¡Oh, cuánta infamia!—gritó.

Y quitándose con violencia la capa de pieles la tiró sobre un sillón y abandonó la casa de la modista después de lanzar una mirada de odio a las murmuradoras señoras.

Volvió a su casa teniendo que contener las lágrimas. Aquella vida se le hacía insufrible...

Amaba a su marido y todo el mundo estaba en la creencia de que ella sólo amaba su dinero.

Corrió al despacho de Justo.

—¿Qué, te has comprado ya la capa? — le dijo él.

—No, Justo... ¡Se trata de una cosa muy

seria, muy seria! ¡Ya es indispensable nuestro divorcio!

El marido volvió a reír.

—Claro que sí, hijita. ¡De lo más indispensable.

—¡No te rías, que te hablo muy seriamente!

—¿Tan grave es la cosa?

—¡Nada me disuadirá! ¡Quiero demostrar al mundo que desprecio tus millones!

—¿Y qué te importa el mundo?

—Mucho, porque he de vivir en él y no quiero aguantar más sus impertinencias. Hoy mismo en casa de la modista he vuelto a oír que me insultaban... ¡Ya que lo quieren, sea!... ¡Me divorciaré de ti! Entonces, quizá comprenderán la nobleza de mis actos...

Salió llorando de la estancia...

Justo quedó un poco serio... ¡Caramba! ¡Su mujer parecía tomarse las cosas demasiado a la tremenda!

—¡Bah! ¡Está un poco loca!—dijo sin querer dar importancia al asunto.

Estaba seguro de que al día siguiente no volvería a acordarse más de aquello. ¿Pues

qué? ¿Iban a reñir por la obra de cuatro desocupados murmuradores? ¿No se querían? ¿Qué importaba lo demás?

Pero a la otra mañana Justo se sorprendió



—*¡Quiero demostrar al mundo que desprecio tus millones!*

al recibir una citación del abogado Ernesto Mayer.

Acudió inmediatamente a su bufete... ¿Qué podía ocurrir?

Y el abogado le dio cuenta de que su esposa había presentado una formal demanda de divorcio.

—Su esposa insiste en divorciarse y desea que usted asuma la responsabilidad de su demanda.

—Pero, señor mío... ¿Divorciarme... y encima aparecer culpable? ¡No!

—El crédito de mujer honesta de su esposa exige que la complazca usted. Además, usted ya conoce los reales motivos del divorcio... Le duele a su señora que la gente crea que se casó por dinero.

Justo protestó luego varias veces contra aquella absurda determinación.

¿Divorciarse de una mujer a la que quería con toda su alma? ¿Había algo más ridículo?

—¡No se preocupe!—le dijo el abogado.—Sinceramente creo que su esposa solicitará la reconciliación antes de que lleguemos a la vista.

Justo meditó unos momentos... La esperanza de que su mujer volviese sobre su acuerdo, conseguido ya el efecto moral que causaría su

demanda de divorcio, le hizo acceder.

¡Ah, caprichosa criatura! ¡Cuántos fantasmas se presentaron ante su imaginación!

—¡Sea—dijo—dispongan de mí!

—Muchas gracias. ¡Haré saber a su esposa que usted se aviene a hacerse culpable!

Horas después Justo recibía la visita de una hermosa muchacha, “su dulce y sabrosa” cómplice para el divorcio.

—Para mis planes no debía usted ser tan bonita—le dijo riendo.—Pero más vale así después de todo.

Y convino con ella, mediante una indemnización, toda la comedia que debía representar para que el divorcio pudiera justificarse en algo.

* * *

Aquel era día de gran actividad en el juzgado. El Tribunal que entendía en los divorcios no daba abasto a proveer.

—Calma, señores matrimonios—decía un empleado a los grupos de personas que aguardaban en la antesala—. ¡A ver si con los años que llevan juntos no van a poder aguantarse mutuamente unos minutos más!

Justo Verloh esperaba desde primera hora. Debía celebrarse la vista. Pero estaba casi seguro de que Carlota retiraría la demanda.

Acercósele una mujer y le ofreció un ramito de flores.

—Caballero, aun puede usted tener la última galantería con su esposa—le dijo.

Justo se echó a reír y compró el ramito. No estaba mal la idea.

En otra sala aguardaba Carlota con su abogado. El abogado se llamaba Camila Blank y era prima hermana de su patrocinada, y mujer muy bonita.

—Dentro de diez minutos estarás separada legalmente de ese marido a quien tanto amas—decía a Carlota.

—¿Qué quieres, hijita? Son las gentes las que me obligan a proceder de este modo.

Justo entró en la sala acompañado de su abogado. Éste le dijo:

—No se inquiete por que su caso sea el último para la vista. Confío en que antes retirará la demanda su esposa.

—¡Ojalá!

Viendo a su mujer, se dirigió a su encuentro y le entregó el ramo de flores. Ella, ocultando su alegría, lo rechazó.

—¡De ninguna manera acepto flores!—dijo—. Son símbolo de reconciliación.

Y Justo tuvo que alejarse pensando que las cosas iban más en serio de lo que había creído.

Pasó una larga hora.

Un ujier apareció gritando:

—¡Caso Verloh contra Verloh!

El matrimonio, acompañado de sus respectivos abogados, penetró en el despacho del señor juez.

Leídas las generales de la ley, el juez ordenó que pasase la testigo.

Entró ésta. Era una mujer rubia, de rostro algo cínico, de maneras libres...

En aquella comedia debía representar el papel de "amiga oficial" de Justo.

—La declaración de usted dice así—leyó el presidente—: "Pasé la noche con el marido de la demandante, en su propia casa. Me tuteó y me dió numerosos besos". ¿Se ratifica usted en su declaración?

—Por entero...—dijo la muchacha.

Justo se agitó nervioso en su sillón. ¡Maldita comedia! Carlota aparentaba gran indignación ante la supuesta rival.

El juez consultó varios textos y luego dijo:

—Se decreta el divorcio de las partes. Probada la culpabilidad del demandado, se le con-

dena al pago de las costas procesales. Pueden ustedes retirarse.

Al salir, Justo contempló con melancolía a su ex esposa. En vano había esperado de ella una palabra de reconciliación, la anulación de su demanda. Pero ella llevaba las cosas hasta el extremo más apurado...

Al verle tan triste, Carlota, que sentía en el alma haber tenido que actuar de aquella manera, se acercó a Justo y le abrazó:

—¡Pobre ex maridito mío! ¡Si fueras pobre nunca me habría separado de ti! ¡Nunca, Justo de mi alma!...

—¡No me has querido en tu vida y has escogido ese pretexto!

—¡No es cierto! ¡Te quise y te quiero... pero quiero dar una lección a cuantos me insultaban creyéndome interesada!

Su decisión era, pues, irrevocable. En lo sucesivo iban a ser dos personas extrañas a las que la maledicencia del mundo separó...

* * *

Unos días después estaban reunidas Carlota y su prima Camila. La primera leyó una carta que acababa de recibir de Colombo.

Señora Carlota Verloh. Berlín.

Distinguida señora: tengo el honor de comunicarle que el día 21 del corriente se ha celebrado la apertura del testamento de su difunto tío Jaime Blank, quien instituye a usted su heredera universal.

Una inmensa alegría se apoderó de la muchacha, quien dijo:

—¡Ya puedo volver a casarme con Justo! ¡Soy tan rica como él!

—Oye, no has acabado aún la lectura de la carta. Sigue...

Carlota continuó:

Sin embargo, usted no podrá posesionarse de la herencia hasta el primero de Enero de 1932. Mientras tanto, la fortuna quedará bajo la administración de la señora Cornelia Fischer, residente en esta ciudad de Colombo.

A sus órdenes, muy respetuosamente.—R. L. Myers.

La alegría se apagó y Camila dijo:

—Ya ves... No hay por qué reírse tan pronto. El dinero del tío Jaime será tuyo... pero dentro de cinco años.

—¡Ah, no, no! Yo lo necesito, lo quiero. Ahora mismo voy a escribir a esos señores pidiéndoselo.

Y, ayudada por su prima, redactó la carta.

Semanas más tarde, llegaba a la finca que tenía en Colombo la señora Cornelia Fischer, la petición de Carlota.

Cornelia dijo a su hijo Esteban, muchacho

de unos veinte años, que se aburría en aquel rincón del mundo:

—Esta Carlota Verloh solicita la entrega inmediata de su herencia. ¿Qué te parece?

—¿Qué ha de parecerme, mamá? La cosa más natural del mundo.

—A mí no tanto. Y mira, aprovecharemos esa circunstancia para hacer nuestro viajecito a Europa. ¿Te agrada?

—Me encanta, mamá.

Y embarcaron en el primer correo para el viejo mundo.

Pasaron unas semanas...

Carlota se aburría esperando aquella herencia que iba a resolver su situación de divorciada...

Un día fué ella a visitar a su amigo el arquitecto Luis Holt, íntimo de Carlota y de Justo, y que poseía, fruto de embargos sucesivos, una colección curiosísima de sellos de Juzgado.

Carlota le explicó su "caso" y luego, riendo, se apoyó en el respaldo del sillón que Luis ocupaba, y con sus manos nerviosas arrancó un sello de Juzgado que estaba pegado a él.

—¿Qué haces, criatura? Estos muebles están embargados. ¿No sabes que esto te podría costar un año de cárcel?—dijo Luis.



—*El dinero del tío Jaime será tuyo...*

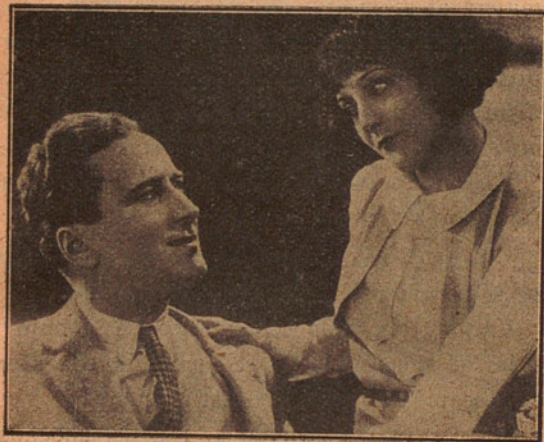
Ella se echó a reír, volviendo a colocar el sello en su sitio, y dijo:

—Acompáñame a los baños, Luis. ¡Me es

tan penosa mi situación!...

—¡Conformes! ¡Vayamos allí!

Marcharon los dos al Club y se bañaron y jugaron en la piscina.



—*¡Acompáñame a los baños, Luis!*

Después, sentaditos en una palanca, ella le dijo, sonriente y mimosa:

—Cuando vuelvas a ver a mi ex marido dale un beso mío...

El arquitecto se echó a reír.

—¿Cómo daré a Justo un beso tuyo si primero no me lo das tú a mí?

—¡Aprovechado!

Y le besó suavemente para que se lo transmitiera al esposo.

Justo estaba en una cercana terraza y sorprendió aquella caricia. Se indignó. ¡Maldito divorcio! ¿Es que su mujer iba a casarse con otro hombre? Disgustado, abandonó el Círculo.

Un empleado de los baños acercóse a la pareja para recriminarla.

—¡Las caricias para el hogar, jóvenes! ¡Aquí no se permiten atentados a la moral pública!

Carlota, por toda contestación, le empujó y echó al agua, y luego se sumergió ella a su vez, seguida de su amigo Luis.

Justo se había dirigido a casa del abogado. Tenía plena confianza en Luis, pero... aquellas libertades de su esposa, ¿no decían que todo estaba, acaso, perdido para él?

—¿No tiene Carlota otro amor?—preguntó a su abogado—. ¿Cree usted que de ser yo pobre volvería a casarse conmigo?

—¡Estoy seguro! Ella le ama a usted. Me lo ha confesado varias veces. Sus "flirts" actuales no tienen importancia.



...sorprendió aquella caricia...

Justo agradeció aquellas palabras y se dirigió a casa de Luis. Quería que éste le ayudase en un plan,

Luis, de regreso de los baños, estaba en el despacho hablando con Carlota. Mientras el arquitecto reía, pretendiendo acariciarla, la joven aparecía distraída, contemplando su reloj.



—¿Por qué miras tanto el reloj, Carlota?

llo de pulsera.

—¿Por qué miras tanto el reloj, Carlota?—
le dijo él—. ¡Ni que tuvieses en él un tesoro!

—Mira, ¡lo tengo!

Y le mostró el reloj, que no era tal, sino un ovalado retrato de Justo.

—¿Tanto le quieres aún?... Yo creía...

—Hiciste mal. ¡Le adoro!

Apareció un criado y dijo:

—Un caballero pregunta por usted.

—¡Atiza! No quisiera que te viese salir de aquí. Oye, ocúltate en este cuarto.

Carlota se escondió en una pequeña salita.

Apareció Justo, y Luis palideció al verle. Haciéndole señas de que callase, escribió en un papel una línea y se lo entregó.

Justo, extrañado, leyó:

Carlota está aquí.

Sonrió el ex marido. Muchas gracias por la advertencia; así iría con cuidado al hablar...

Justo, sin decir ni una sola palabra, escribió en otro papel:

¿Quieres prestarme tu colección de sellos de Juzgado?

Luis afirmó y le entregó, silenciosamente, la cajita repleta de sellos.

Luego, Justo volvió a escribir:

Lleva esta noche a Carlota al restorán Horcher.

Nueva afirmación de Luis, apretón de manos y el ex marido desapareció sin decir una sola palabra.

Carlota, aunque aguzaba el oído, nada oía.

—El visitante debe ser mudo y hablarán por señas—se dijo malhumorada.

Luego, cuando sintió que el otro se alejaba, volvió a salir y le preguntó a Luis sobre el visitante.

—Un sordomudo, hijita. ¡Una calamidad! Y hablando de otra cosa: esta noche quiero que cenes conmigo. Iremos a algún buen restorán. ¿Aceptas?

—Con mucho gusto, Luis. Gracias...

Y quedaron en que Luis pasaría a buscarla a su domicilio.

Su plan exigía a Justo adelantarse en el restorán a la llegada de Carlota y Luis.

Habló con el señor Horcher, el dueño del restorán.

—Cuento con usted para que me ayude a ganar una apuesta—dijo—. Bastará que me deje hacer aquí esta noche de "maitre d'hotel".

El señor Horcher era conocido suyo y aceptó...

—Y dirá usted a quien le pregunte que perdí mi fortuna—añadió.

—¡Muy bien, señor!

Carlota y Luis llegaron al restorán y se sentaron a una de las mesitas.

De pronto, Carlota vio a Justo, que pasaba ante ellos, y le llamó, sorprendida.

Su ex esposo se dirigió a su encuentro y la saludó con grandes muestras de alegría.

—¡Qué casualidad!—dijo Carlota.

—Sí, yo vengo aquí cada noche—dijo el marido.

El señor Horcher llamó a Justo.

—¡Haga el favor, maitre!

—Un momento—dijo Justo excusándose ante Carlota.

Y se alejó para servir otra mesa.

Carlota quedó viendo visiones. ¿No habían llamado a su marido "maitre"? ¿Qué engaño era aquel?

Llamó al señor Horcher y le rogó le aclarase aquel misterio. ¿Qué significaba aquella broma? ¡Oh, y lo bueno era que Justo pasaba ahora con una bandeja cargada de vajilla! ¿Tenía aquello visos de realidad?

Horcher explicó:

—Nada más cierto, señora. Su ex marido perdió su fortuna. Una especulación temeraria le llevó a la ruina.

—¡Es posible! ¡Gracias, Dios mío!

Y con grandes gritos volvió a llamar a Jus-

to, quien, desorientado, tropezó con un camarero y echó al suelo la bandeja repleta.

—¡Justo, Justo!—le dijo Carlota—. ¿Es verdad que estás arruinado?

—Completamente—respondió, fingiendo desolación—. ¡Tal vez sea hoy más pobre que tú!

—¡Entonces, volveremos a casarnos! ¡Qué alegría, Dios mío, qué alegría! Mira, marchemos de aquí inmediatamente.

—Sí, vámonos. ¡Somos ya tal para cual!

Y cogidos del brazo, ante la estupefacción general, abandonaron el salón mientras Luis quedaba solo y malhumorado.

—¡Siempre estuvo algo loca!—dijo—. ¡Vaya inoportuna reconciliación!

Y los enamorados, para la semana siguiente, concertaron de nuevo la boda. Justo estaba satisfechísimo de aquel plan. Haciéndose pasar por pobre conseguía por segunda vez el amor de su mujercita... Luego ya vería cómo arreglaba las cosas. Y para dar mayores pruebas de verosimilitud a su miseria, había pegado sellos de embargo a todos los muebles de su casa, haciendo ver que nada tenía suyo. Una vez ca-

sado, retiraría de nuevo los sellos y... aquí no ha pasado nada. No era fácil que Carlota le dejase por segunda vez.

La misma mañana en que debía celebrarse la boda Carlota recibió la visita del joven Esteban Físchel, el hijo de Cornelia, la señora que guardaba el dinero de la herencia.

Esteban habló de su situación y dijo:

—Mi madre me escatima el dinero y la carta de usted reclamando antes de tiempo los millones me ha sugerido una idea salvadora.

—Usted dirá...

—Salvadora para usted y para mí... Si yo hiciera que cobrase usted inmediatamente la herencia que tiene que aguardar cinco años, ¿no me daría usted cincuenta mil dólares?

—Sí, pero esto es absurdo. Yo no puedo cobrar ahora...

—Usted no conoce el texto íntegro del testamento, señora... ¡Lea!

Y Carlota leyó:

*permítame antes de la fecha fijada para el pago
Si mi sobrina Carlota muriese (Dios no lo*

de la herencia, la antedicha suma de dos millones debería ser entregada inmediatamente a mi sobrina Camila Blank.

—¡Eso no lo sabía yo!—dijo Carlota.

—Bien claro está aquí ¡Si quiere cobrar ahora, tiene que morir en seguida!

—¡En morir me estaba yo pensando! ¡Figúrese que me caso hoy mismo!

—Pero comprenda usted, Carlota...

—¿Qué? ¿Qué gano muriéndome? ¿No dicen que el dinero es para Camila?

—Nada más sencillo que arreglar esto. Usted se muere, la señorita Camila cobra los dos millones y se los entrega a usted.

—¿Vamos a fingir una defunción cuando tengo aquí preparada la partida de nacimiento para la boda? ¡No... no!...

—Piénselo bien... y esta tarde deme su respuesta.

Alejóse Esteban, y Carlota quedó nadando en un mar de confusiones... ¿Qué haría? El destino había invertido sus términos... Ahora su

marido era pobre y ella podía ser rica. Y, ¿por qué no serlo? ¿No sería algo magnífico lo de casarse de nuevo con Justo una vez ella fuese millonaria? La gente que la había insultado



—*¡Si quiere cobrar ahora tiene que morir en seguida!*

creyéndola casada por interés, ¿qué iba a decir al ver que Carlota se casaba con un hombre arruinado? ¡Mejor nobleza no la habría!

¡Sí, estaba decidida! Aplazaría la boda hasta que se resolviese aquello y fuese millonaria... Pero inventaría ante Justo cualquier excusa...

Y aquella tarde, Carlota y Justo fueron ante el juez a que les casase. Camila y Luis eran sus testigos.

—Presenten ustedes sus documentos — dijo el juez.

Entregaron los papeles y Carlota, exprofe-so, se había descuidado la partida nacimiento.

—¡Falta la partida de nacimiento de la novia! — dijo el juez.

Carlota fingió buscar en el monedero y luego dijo, desolada:

—Se vé que he perdido la partida.

Justo dijo:

—¿No sería posible prescindir de esa formalidad?

—Aquí nadie se casa sin que conste oficialmente su nacimiento — gritó el empleado.

—¿Es que a usted no le consta que yo he nacido? Porque está bien claro.

—Yo cumplo con mi deber de empleado, y

basta. Pueden retirarse.

La ceremonia no pudo celebrarse, con gran contento de Carlota y la profunda desesperación de Justo.

Ella le dijo:

—¡No te entristezcas, l... ¡Sacaremos otra partida... y no se me perderá!

Fueron a la casa donde habían habitado antes y que debía servirles, casados, de nuevo nido conyugal.

Justo marchó a su despacho unos instantes y ella quedó paseando por los salones.

Vió sellos del juzgado en todos los muebles... Pobre Justo, ¡qué ruina la suya! Pero se compensaría con sus millones.

De pronto descubrió al mayordomo que arrancaba los sellos de unos cuadros.

Corrió, furiosa, hacia él.

—¿Qué hace usted? — le dijo—. ¡Arrancar esos sellos cuesta un año de cárcel!

El sirviente se echó a reír.

—¡Ya no tienen objeto! Esto de los sellos era un truco para que la señora creyese pobre al doctor y se volviera a casar...

Una gran indignación se apoderó de Carlota... ¿De modo que él pretendía engañarla? ¡Ah, no! Ahora más que nunca era preciso conseguir aquellos millones. Ricos los dos, el mundo tampoco podría echarle a ella nada en cara...

Escribió una carta y rogó al criado la entregase inmediatamente a Justo. Y se marchó.

Justo leyó, sorprendido, el escrito.

Querido Justo:

Parto para el extranjero. Procura no apenarte porque este viaje es para nuestro bien. Te oculto mi dirección porque tus cartas estorbarían mis planes.

Un amoroso abrazo de tu

Carlota

Justo rompió furioso la carta.

—¡Sigue tan loca como siempre! — dijo—. ¡Decididamente veo que nunca podremos ser un matrimonio formal!

Esteban volvió aquella noche a casa de Carlota y ésta le comunicó:

—¡Acepto su proposición! ¡Estoy decidida a morirme!

—¡Gracias, señora!... Será un negocio espléndido para los dos. Mi madre está en París y es preciso ir allí para sacarle el dinero... Concertaremos bien el plan.

Y pasaron varias horas estudiando la batalla.

Los periódicos trajeron la sensacional noticia de que la señora Carlota Verloh había perecido en un accidente.

Aquella dama tan conocida en la buena sociedad había tenido una terrible muerte.

Algunos periódicos ilustrados llevaban su fotografía. Era Carlota una de las mujeres más bellas que pisaban los salones.

Camila Blank... la abogada y prima hermana de Carlota leyó la noticia y derramó abundantes lágrimas... Pobre primita ... ¡qué amargo fin!

Por esto su sorpresa fué enorme al ver aparecer a su prima.

—¡Carlota! ¿Es posible?

—¡Sí, chica, vivo y por muchos años!...

—¡Gracias a Dios! ¡Cómo mienten los diarios! ¡Lo que me ha hecho sufrir la noticia de tu accidente!

—No mienten tanto como te crees... Culpa de ello a ese disparatado testamento, según el cual yo me muero y tú cobras inmediatamente la herencia. Por eso he resuelto morirme y que tú recojas los millones para mí.

Y le explicó todo su plan que, Camila mujer bodadosísima e incapaz de una traición, aceptó y se dispuso a ayudarla... en todo... absolutamente en todo.

Arreglado ya aquello, por la noche, Carlota marchó a París con Esteban para, bajo el nombre de Camila Blank, solicitar de la señora Fischer, la herencia del tío.

Durante el viaje, en el coche restorán, Carlota y Esteban leyeron varios periódicos que publicaban el retrato de ella y la noticia de su muerte.

—¡Mire que si se descubriera la trampa, antes de tiempo!—dijo Carlota.

—¡No es fácil!

Carlota vió de pronto a unos caballeros que estaban en otra mesa y leían el diario.

—¡Maldita suerte! —dijo a Esteban en voz



—¡Mire que si se descubriera la trampa antes de tiempo!

baja—. ¡Aquel señor es conocido mío de Berlín! ¡Vayámonos inmediatamente de aquí!

Salieron con toda clase de precauciones hacia otro coche. Ya en él, Esteban dijo:

—¡Nada hay que temer! Teniendo usted los papeles de Camila y con una peluca rubia por si han visto su retrato en la prensa, nuestro ardid triunfará.

Apenas llegados a París, Esteban fué a ver a su madre, que había llegado directamente de Colombo.

La acompañaba Cecilio Dell, administrador de todos sus negocios, los financieros... y los sentimentales.

Cornelia había leído en la prensa la noticia de la muerte de Carlota.

—Puesto que esta Carlota ha muerto — dijo al administrador—, tendremos que pagar los dos millones a su prima Camila Blank.

—¡Naturalmente!

Esteban fué a ver a su madre... Al comunicarle ella lo sucedido, fingió ya conocer el suceso.

—¡Ya sabía esta desgracia! — dijo—. ¡He conocido a Camila Blank en Berlín!

Un groom entró poco después en la habitación y anunció:

—¡La señorita doctora Camila Blank!

—¡Que pase!

Cicilio murmuró, malhumorado:

—¡Una abogada alemana!... ¡Será algo muy serio!

Pero cambió de parecer al ver entrar una muchacha deliciosa, de cabello rubio, de ojos ardientemente bellos.

Carlota, pues ésta era la supuesta Camila, saludó a todos dando muestras de una gran tristeza.

La contemplaba Esteban casi sin poder aguantarse la risa...

La señora Fischer la miró con cierta severidad contemplando luego la fotografía que de Carlota llevaba una revista ilustrada. La semejanza era extraordinaria. Carlota comprendió que podían dudar de ella y se apresuró a decir:

—¡Mi pobre prima Carlota se asemejaba tanto a mí que parecíamos hermanas gemelas! ¡Sólo que ella tenía el cabello negro!

La dama la contempló con cierta severidad a tiempo que Carlota se enjugaba una lagrimita oportuna.

Carlota dejó involuntariamente el pañuelo sobre la mesa y la señora Fischer descubrió con sorpresa las iniciales C. V.

Sonriente, malévola, apuntando una sospecha en el alma, le dijo:

—¿De modo que usted es la señorita Camila Blank?

—¡Sí, señora!...

—Lo que quiere decir que viene usted por sus dos millones.

—¡Naturalmente!... Según el testamento...

—Pero, conociendo las leyes, sabrá usted que debe acreditar su identidad.

—¡Oh, cierto! — dijo, sorprendida.

—Pasado mañana puede usted venir por el cheque... Y tráigase también su pasaporte.

Carlota no contaba con aquel requisito y se enfureció... Viendo que la señora Fischer dudaba, se levantó, cogió el pañuelo y alejóse enfurecida.

—¡No veo la necesidad del pasaporte! — di-

jo—. ¡Esto es una gran desconsideración!... Lo traeré de todos modos... pero no es cosa corriente.

Salió mientras Esteban hacía una mueca de desagrado. ¡Qué pesada se estaba poniendo mamá con sus precauciones!

—No veo por qué has de exigirla el pasaporte — dijo.

—¡Yo sí... y tengo mis razones!

Cecilio había quedado prendado de Carlota. ¡Qué muchacha tan distinguida! ¡Nunca creyó que una abogada fuera una cosa tan hermosa!

La señora Fischer dijo a Cecilio:

—Es preciso asegurarnos de la personalidad de esa joven... Usted, Cecilio, tome un pasaje aéreo para Berlín... y se hace de un retrato auténtico de Camila Blank...

—¡Bien, señora!...

Marchó la dama y Cecilio comentó con Esteban:

—Me sorprende que su madre ponga tantos obstáculos a esa joven.

—¡Y a mí!... Una chica tan buena que a primera vista se le conoce...

A la otra mañana la señora Fischer y su hijo acompañaron al aeródromo a Cecilio que debía partir en majestuoso avión para Berlín.

Carlota, enterada de todo, aguardaba en un coche, cerca del campo de aviación.

De pronto, Esteban, convencido de antemano con Carlota, entregó con todo disimulo una tarjeta a Cecilio. Este leyó:

Camila Blank ruega a usted que suspenda el proyectado vuelo.

El rostro del administrador se coloreó de emoción. ¡Atiza! Aquella hermosa muchacha que le había estremecido con sus gracias le pedía un favor... ¡Oh, sí, si pudiera hacerlo! Mas, ¿cómo concedérselo?

Esteban rió y le hizo un signo de inteligencia. ¡Paciencia! Todo iría bien.

Adelantó unos pasos y, de pronto, con aparatosos movimientos, cayó en tierra, comenzando a dar lastimeros ayes.

—¡Qué dolor, mamá!—dijo a la señora Fischer, que había acudido en su auxilio.—He debido romperme algo. ¡Vayamos en seguida a ver al médico! Acompáñame.

—¡Pobre hijo mío!

Abandonaron el campo, subiendo a un automóvil y dirigiéndose de nuevo hacia la ciudad.

Cecilio, al verse solo, comprendió que la ocasión era admirable para renunciar al viaje, y así lo hizo.

Se dirigió a la puerta de salida y vió en automóvil a la bella "Camila", que sonreía.

Emocionado, satisfecho de haber podido acceder a los deseos de ella, subió al mismo coche, que emprendió la vuelta a París.

Carlota reía, contenta del éxito. ¡Magnífico! ¡Todo iba a pedir de boca!

Cecilio le dijo, contemplando su lindo rostro:

—No creí que una abogada pudiese inspirar amor y, sin embargo...

—¡Qué inflamable es usted!

—¡Yo la amo, Camila!

—Ya lo veo—dijo, burlona—. Por eso iba usted a identificarme en Berlín.

—¡No dude de mi amor! Vea que me he quedado en París. ¡Porque amo a usted como no amé en mi vida!

Ella estaba alborozada. Por el momento no convenía desengañar a aquel hombre.

—Ayúdeme usted; haga que reciba pronto mi herencia y... entonces hablaremos.

Y al llegar al hotel se despidió de Cecilio hasta más tarde, ¿Qué costaba dar esperanzas?

Todo lo que me quedaba era esperar. Y esperar, esperar, esperar...

Entretanto, llamada por un telegrama de Carlota y Esteban, la verdadera Camila había llegado a París y celebraba una extensa conferencia con Esteban para llevar con toda rapidez y éxito el plan convenido entre todos.

Justo Verloh, el ex marido de Carlota, se encontraba en el extranjero, procurando olvidar su mala estrella.

Aquel mismo día, Carlota se dirigió a la oficina de radio y dijo al encargado:

—Deseo enviar al mundo entero una comunicación por radio para el doctor Justo Verloh.

Poco después, ante el micrófono, ella pronunciaba unas palabras:

—¡Justo! ¡Regresa a Berlín! Tu mujercita

te espera para casarse de nuevo contigo. Todas las dificultades están solucionadas.

Y el mensaje llegó al lugar donde estaba Justo escuchando por radio los conciertos del lejano París.

Una inmensa alegría se apoderó de él al enterarse del llamamiento. Carlota le enviaba a buscar... La ansiada y definitiva reconciliación aparecía por fin.

Y tomó pasaje en el primer vapor para regresar a su patria.

Aquella noche, en uno de los salones del hotel, la verdadera Camila encontró a Luis Holt, a quien conocía de Berlín.

—¿Cómo? ¿Usted aquí?—le dijo.

—Sí, he venido a París por exceso... de poco dinero, a ver si hallo un comprador para mi excelente y copiosa biblioteca.

—A mí me han traído ciertos incidentes de la herencia de Carlota.

—¡Pobre Carlota! ¡Qué fin tan triste el suyo!

—¡Desdichada mujer!

Y Camila casi no podía contener la risa.

—¿Iba usted al comedor?—le dijo Luis.

—Sí.

—Comeremos juntos, si le parece...

Fueron al restorán.

Esteban avanzó hacia ellos y Camila le presentó a Luis Holt. Los tres ocuparon la misma mesa.

De pronto, Esteban vió que su madre entraba en el comedor y dijo, contrariado, pues no quería que pudiese conocer a la verdadera Camila:

—¡Diablos! ¡Mi madre está aquí y me ha visto! ¡Oh qué compromiso! ¡Permítanme ustedes que les presente como el matrimonio Holt!

—Pero, señor...—protestó Luis

Camila sonrió.

—¡Es necesario!—dijo—. Ruego a usted que no muestre sorpresa por nada de lo que oiga.

Esteban se había dirigido al encuentro de su madre.

Luis contempló a Camila con profunda extrañeza. ¿Qué se proponían? ¿Qué lío era aquel de la abogada y el joven?

Momentos después, Esteban volvió con su madre y dijo:

—Mamá, te presento a señor y a la señora Holt, de Berlín.

Tras los saludos de cumplido, la señora Fischer tomó asiento con ellos. Luis no salía de su asombro. ¿Por qué diablos aquella Camila no había dado su nombre y, en cambio, se hacía pasar por la mujer de él?

La señora Fischer preguntaba, entretanto, a Camila:

—¿Vive usted en Berlín, señora?..

—¡Sí... sí!...

—Tal vez conozca usted a la señorita doctora Camila Blank.

Sonrió la verdadera Camila, mientras Luis quedaba de nuevo parado ante proceder tan singular.

—Si... un poco—dijo ella.

—¿Y es cierto que tiene esa joven tan gran parecido con su difunta prima Carlota?

—¡Asombroso! Es la misma Carlota Verloh.. pero en rubio—siguió diciendo con una adorable sonrisa ingenua la abogada.

En un salón contiguo había baile... Carlota y su nuevo amigo Cecilio bailaban allí...

De pronto a Luis le pareció distinguir entre los lejanos danzarines a la difunta Carlota... Lo mismo había notado la señora Fischer, aunque sin ver a Cecilio que estaba de espaldas.

Carlota acababa de distinguir a la dama y temerosa salió inmediatamente de aquel salón en compañía de Cecilio.

Ni Esteban ni Camila habían observado lo ocurrido.

Luis dijo, sorprendido:

—¡Caramba! ¡Si no supiera que Carlota murió, juraría que la acabo de ver!...

Palidecieron Camila y Esteban, y la señora Fischer con una sonrisa misteriosa, contestó:

—Y podría ocurrir, señor Luis Holt, que no resultara falso su juramento.

—¿Por qué?

—¡Nada! ¡Un presentimiento!

Y la comida prosiguió sin nuevos acontecimientos, preguntándose Luis el fin y el móvil de aquella pequeña farsa... ¡No la entendía!

* * *

A la noche siguiente los vendedores de periódicos comenzaron a pregonar por la ciudad su mercancía, diciendo:

—¡La Prensa de la noche con el accidente del aeroplano Berlín-París!

La señora Fischer se hallaba escuchando aquellos gritos cuando apareció ante ella su administrador Cecilio.

—¿Usted, Cecilio?—dijo sorprendida.

—Yo mismo—repuso, sonriente—que acabo de llegar en el aeroplano Berlín-París...

La dama le contempló de pies a cabeza con una mirada escrupulosa. Ahora se daba cuenta de que aquel hombre mentía con todo descaro.

Volvían a escucharse gritos de los vendedores.

—¿Y qué? ¿Sin novedad en el viaje?—le preguntó con ironía.

—Un viaje magnífico, con toda felicidad, tanto a la ida como a la vuelta.

—¡Escuche!—le dijo.

Y llevándolo junto a la ventana oyeron los voces de los vendedores.

Uno de ellos decía con tremendo vozarrón:

—¡El accidente del aeroplano Berlín-París al aterrizar!... ¡Todos los pasajeros heridos!

Cecilio se volvió de todos colores. ¡Cuidado que era mala estrella!

—¿Por qué no ha ido usted a Berlín?—le interrogó la dama con dureza.

—Señora, yo...

—¿Qué se ha propuesto con su determinación? ¿Me quiere a toda fuerza hacer perder los dos millones?

—Nada de esto, señora... Yo he encontrado un medio para que ese dinero siga en nuestro negocio—contestó vacilante.

—¿Qué medio?

—Pero es a costa de un sacrificio personal mío: el de casarme con Camila...

La dama se echó a reír.

—¡Es usted un verdadero ingenuo!...—dijo.

De pronto ella tocó el timbre... El día anterior había recibido un aviso de Camila participándole que vendría hoy a recoger el dinero. Y quería estar en guardia.

Entró un criado, y la señora Fischer le dijo:

—Deseo hablar en seguida con el detective del hotel...

No tardó en aparecer el agente.

La dama ordenó a Cecilio se ocultara en la cercana estancia. Seguramente escucharía cosas interesantes...

Luego dió instrucciones al detective explicándole el caso. Estaba segura de que iba a cometerse una estafa... Una mujer usurpaba otro nombre para cobrar una herencia que legalmente no podía tomar aún.

En el corredor aparecieron Carlota y Esteban. Había llegado el momento decisivo y la

joven tenía miedo.

Carlota vacilaba... En el instante en que tenía que cobrar la herencia, le daba pánico la posibilidad de que pudieran descubrir su superchería.

Llevaba el pasaporte de Camila Blank... pero ¿cómo enseñarlo, si la fotografía delataría la falsedad?

—¡No tenga usted miedo!—le dijo Esteban.
—¡Piense en su marido, y adelante! Yo la aguardo aquí... No enseñe el pasaporte hasta que yo entre...

Y casi empujándola a viva fuerza Esteban logró que Carlota entrase en la habitación donde estaban la señora Fischer y el agente.

Tras los saludos de rigor la señora Fischer presentó al policía.

—Es el señor Muller, notario... que va a levantar acta de la entrega de su herencia...

—dijo.

Se saludaron y la dama, sin pedirle el pasaporte, le presentó un recibo para que firmara.

—Tenga la bondad de firmarme el recibo... señorita doctora Camila Blank...

Lo dijo en un tono de tanta ironía que Carlota se estremeció... Tomó la pluma entre los dedos...

El agente estaba detrás de ella, pronto a detenerla en cuanto estampase la firma falsa.

La muchacha vaciló. Le pareció que se hundía en un abismo, que tal vez aquella firma podría llevarla a la miseria, a la cárcel... ¡Oh! ¿No estaba cometiendo una ilegalidad penada severamente por la ley?

Y de pronto dejó la pluma sobre la mesa y en decidido ademán se arrancó la rubia peluca apareciendo la cabellera espléndida y negra de la verdadera Carlota.

—¿Qué es esto?—dijo la señora Fischer.

—¡Ya ve usted... la verdad... la pura verdad!...

—¿Carlota Verloh?—dijo.—¡Lo había presentado!

—¡Sí, señora!... Me ha faltado valor para continuar mintiendo... ¡Perdóneme usted! ¡Quédese con mi dinero hasta dentro de cinco años!...

Y tenía unos ojos tan tristes, una mirada tan

pesimista y melancólica que la señora Fischer se emocionó.

Con un gesto ordenó al detective se retirase... No quería testigos.

El agente salió y al marchar tropezó con Esteban que estaba escuchando junto a la puerta y dibujando en ella varios números, la cantidad de dólares que debía cobrar si todo salía bien.

La señora Fischer dijo a Carlota:

—A pesar de todo, de la estafa que iba usted a cometer conmigo, le pagaré ahora mismo su herencia si me dice por qué quería cobrar con tanta premura.

—¡Porque estoy divorciada y deseo volver a casarme!...—murmuró con voz triste.

—Entonces, espérese los cinco años que exige el documento.

—¡No puedo señora, no puedo!... ¡Es un plazo demasiado largo para mí!

Sonrió la dama... Recordó las palabras del secretario Cecilio que deseaba casarse con esa mujer...

Le llamó...

Cecilio salió de su escondite, y contempló,

emocionado y jovial, a la muchacha que le había deslumbrado desde el primer día de conocerla.

Ella le miró indiferente... ¿Qué le importaba ese hombre? A quien quería era al otro, a Justo.

—Puede usted casarse cuando guste, amigo Cecilio...—dijo la señora Fischer, riendo...—pero hasta dentro de cinco años no hay herencia.

Carlota la escuchó sorprendida.

—Pero, ¿qué dice usted?—exclamó—¿Es que usted creía que éste era mi prometido?

—¡Naturalmente!

—¡Oh, qué error! ¡Es con este con quien voy a casarme!

Y le mostró el retrato que llevaba en el brazalete.

Cecilio hizo una mueca de disgusto y se alejó en silencio, maldiciendo su fracaso.

¡Ah! ¡Qué desengaño! Mas a pesar de todo, no sentía rencor por Carlota... Gracias a ella se había evitado encontrarse en el grave accidente de aviación... De otro modo tal vez ahora tendría una pierna rota.

Quedaron solas las dos mujeres... Y la señora Fischer, a quien Carlota le explicara toda su novela, los motivos de su divorcio basados en un extremado pundonor, se conmovió y



—*¡Es con éste con quien voy a casarme!*
mostróse conforme en entregarle los dos millones.

Allí mismo extendió el cheque...

Y la muchacha salió jovial, después de ha-

ber ganado la gran batalla. ¡Qué felicidad! ¡Era rica... millonaria!... Podría casarse con Justo sin que nadie repitiera las palabras insensatas de que se había casado por dinero... y no por amor.

* * *

Esteban cobró lo prometido... Cincuenta mil dólares que le vinieron de perilla para poder independizarse de su madre...

Tenía dinero por una larga temporada... Ya no tendría que molestar más a su madre exigiendo billetes para el mantenimiento de sus lujos.

Unas semanas más tarde llegó Justo, y la reconciliación con su mujer fué un hecho.

Al enterarse de que ella era millonaria, lo ce-

lebró de modo extraordinario, no por el dinero en sí, pues no lo necesitaba, sino porque ya no podría repetirse el lamentable episodio del divorcio... ¡Caso peregrino, único seguramente en los anales de la historia matrimonial!

Se casarían otra vez...

Luis Holt sería el testigo de Justo mientras la prima Camila lo sería por parte de Carlota.

Luis comprendió entonces lo ocurrido aquella otra noche en el restorán, haciendo pasar a Camila por su esposa.

Y por cierto que Camila no le desagradaba a Luis... Aquel matrimonio de broma... ¡quién sabe!... tal vez podría convertirse en una realidad.

Días después se celebró el casamiento de Carlota y Justo.

El juez, aquel hombre severo que la vez primera les había negado el matrimonio a causa de faltar la partida de nacimiento de la novia, consultó ahora todos los papeles y dijo, sentencioso:

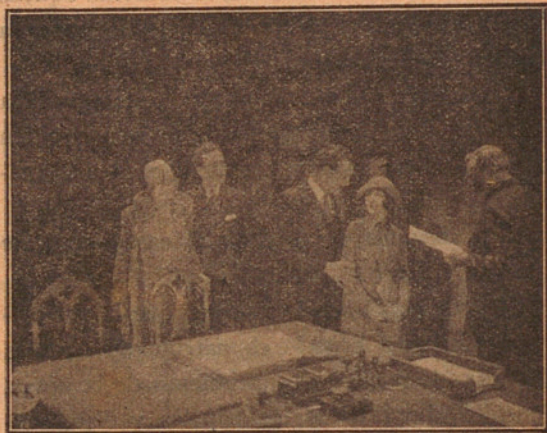
—Ya está todo en orden... Pueden ustedes contraer matrimonio.

Suspiraron los jóvenes alegremente... ¡Por fin!

Pero el juez les advirtió con severidad:

—Y sepan ustedes, jóvenes, que a mí no me consta que uno ha nacido si no me lo dice un documento oficial...

Firmaron el acto de esponsales... La ceremonia civil había terminado.



—¡Nadie volverá a decir que me he casado por tu dinero!

Ella, sonriente, triunfadora, exclamó envolviendo a su marido en una caricia de miel:

—¡Nadie volverá a decir que me he casado por tu dinero!... ¡Ahora soy rica!

—¡Calla, loca! ¡Para mí siempre has sido riquísima!—le contestó Justo cerrando sus labios con un beso.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplic.-MADRID

EN BREVE
en las selectas
EDICIONES ESPECIALES
de
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA
El Carnaval de Venecia

por MARIA JACOBINI



SELECCIONES
L. Gaumont
DIAMANTE AZUL

EB.